

CONSULTORIO FEMENINO



Roxana, La Plata.—Es muy cortita su carta de abril para el análisis. Tengo idea de haber recibido otra de usted con posterioridad; ya veremos si es más larga y se presta a ello.

J. M. K.—Y me garantizo que volviendo "á mi entero juicio" seré feliz? ¡Bah, no me dé consejos... ya que no sabe darme lec-

ciones! Solamente las que rebosamos do-
lores. Podemos aconsejar á las que co-
mienzan á sufrirlos. Déjese de filosofías,
que la vida no cabe en ninguna de ellas,
que las filosofías todas caben en la vida,
y aun sobre vida para desesperarse. ¿Qué
vida de microbio es la suya que puede
encerrarse en una definición?

Chiquitina.—Mientras la intimidad no
es más que espiritual, no hay peligro,
pero si dulce y suavemente se transforma
en intimidad sentimental, existe el de
estar abrazados de amor por aquel abismo
de luz de que en otra ocasión ha-
blé, donde no hay ni un mal hierro ar-
rancado al que asirse en la divina y te-
rrible caída.

Mademoiselle Lucie.—La mujercita su-
perior es valiente por naturaleza y jamás
renunciará á sus empresas por cobardías
mocas, como esta de: "¿qué pensaría
el de mí?" Todo estriba en saber erguir
la cabecita con dignidad y orgullo de los
propios actos.

Moraima, Asunción.—Precisamente por
que sus cartas no son pensadas y porque
están escritas con el desaliento de la in-
consciencia (que de ésta necesita la since-
ridad) es que descubro en su alma recove-
cos encantadores, refugio de unas cuantas
heradoras sin las cuales no se figura entre
los espíritus interesantes y bellos. Ese
orgullo que usted no se define, es atributo
de su alma de reina sin reino. ¡Es que
hay más reinas que tronos! En cuanto al
amor, no se atormente queriendo decir lo
que es; no lo podremos decir nunca, por-
que siempre habrá menos pajes que rei-
nas... ¡Oh, el sentido de estas palabras,
mi querida Moraima!... "Pensando fria-
mente" las cosas, no se está más ni me-
nos cerca de ellas que pensándolas cát-
icamente; cuando se está cerca de ellas,
sobre ellas ó en ellas, no se piensa, por-
que todo queda averiguado; pensar no es
saber, es simplemente pensar. Vea, niña,
que lo poco que interesa saber los por-
ques, cuando no tenemos otro camino pa-
ra llegar á ellos que nuestro pensamiento.
Decididamente nos sobra la cabeza.
No se ha dicho *sursum capită*, sino *sur-
sum corda*.

Arístide, Asunción.—Un espejo no tie-
ne de admirable sino la belleza que en él
se refleja. No me admire, pues: ustedes
me curian las lucecitas de sus almas, y
dileguo yo si las reflejo en destellos tan
radiantes y puros como las recibo.

Los Angeles, Villa Ballester.—Explica-
ciones más claras. Cuantas más explica-
ciones, siempre mejor.

Bohemia, Temperley.—Estaría yo fres-
ca si hiciera caso de lo que dicen pensar
para sacar algo en limpio del carácter.

Y algunas hay que á buen seguro no po-
drían jurar que piensan algo. Al primer
golpe de vista descubro que es usted
muy poco amable y nada cortés. De lo
demás no hablemos, porque es peor.

Amar, Cordobés.—Para hacerse agrada-
ble á todos, hay que renunciar á agra-
darse á sí misma. Peinado griego, azul
celeste ó rosa pálido. Bueno el benjuí.
Para el cabello, ya lo he dicho cien ve-
ces. El primer amor es el verdadero amor,
aunque sea el último. Me parece que pierde
usted el tiempo. No hay que confundir
costumbre con constancia. Sensual, hi-
perbólica, deseo de adquirir, confiada,
simplista. Agradezco sus gentilezas.

Reíl, Bahía Blanca.—Extirpado por la
electricidad, no vuelve á salir. Por otros
medios, sí.

Rosa azul, Buenos Aires.—Para el dol-
or de muelas es infalible el específico
Cianchet, pero no sé si se conoce en Bue-
nos Aires. El cigarro de brea y las pas-
tillas de menta, la curarán de ese feo
viejo.

Irma, Buenos Aires.—Dígale que se
base el codo. Que lo haya jurado, poco
significa. Ya empieza probándole que no
la quiere. Su mamá tiene razón. Esos son
dos nombres caprichosos.

Theodora, Buenos Aires.—¡Como si
fuera mi hija! Pues la castigaría dura-
mente por su indigna flaqueza. Para ser
digna de amor es necesario amarse mu-
cho á sí misma, y usted demostró que se
despreciaba.

Luisa triste, Rosario.—Ninguna celosa
es feliz y usted tampoco lo será si esté
de eso tan hondamente enferma.

Lady Clifton, Buenos Aires.—Imagina-
tiva, sincera, incoherencias volitivas, in-
dolente, sensibilidad, nobleza de corazón,
un poco sensual, aficiones artísticas. No
he recibido la postal.

La hermana de Agustina.—Apasio-
da, deseo de adquirir, reservada, des-
confiada, algo egoista.

Violeta de la Magdalena.—Un poco vacía
la cabeza y una enfermedad latente en
el hígado. No vale enfadarse. ¡Hay que
reír!... ya que á la postre habrá que
llorar.

Violette de Parme, Montevideo.—El es
un gentil canalla y usted una tonta de
capirote que toma por amor un devaneo
infantil y á la retórica por embudo de
banalidades. Los rubios dan mejor re-
sultado, aunque nunca como nosotros
quisiéramos.

La Violeta de los Montes.—Habrá us-
tado visto ya lo que receto á otras para
esos mismos defectos.

NOÉMIA DE LIS.